JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

BIENVENIDO A CASA



ABRIL DE 2005
REVISIÓN TEXTO ACTUAL ENERO DE 2025

BLACK EDICIONES
PLAZA MAYOR, 11. 18800 BAZA (GRANADA)
papeleriablack@gmail.com
www.papeleriablack.es

TEXTO E ILUSTRACIÓN
JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

Reservados todos los derechos. Mal dolor te dé si haces mal uso de este texto.
Pido perdón por anticipado por mi pedantería.
Era joven cuando lo escribí.

Sobreviviría, pero el que había sido un ser alegre y vivaz ya no lo sería nunca más. Encontraron dentro de ella semen de tres hombres distintos, desgarros vaginales, anales, cortes por todo el cuerpo; en la cara, en los pechos, el abdomen… El fin último era matarla de la forma más atroz. La encontraron en un descampado con una piedra estampada en la cabeza y, dándola por muerta, allí la dejaron, agonizante bajo el intenso frío de la noche.

Nadie puede imaginar el dolor que un padre siente cuando su hija es ultrajada de forma tan inhumana. La noche que sucedió, algo se quebró dentro de mí. Su madre, mi esposa, de esencia sencilla e inocente, no pudo parar de llorar en un lamento inconsolable. Lloraba y lloraba en silencio y así continuó hasta llegar al hospital, cuando la fuerza de madre y de mujer detuvo el llanto para que su hija no viese la gravedad de la

situación reflejada en su rostro. Yo me mantuve en un segundo plano, escondido cobardemente tras ella. No puedo guardar el dolor sin hacerlo patente como lo consigue una madre si es por el bien de su hija.

Los primeros días fueron muy difíciles: la policía, los médicos, los familiares, los amigos… todos pretendían ofrecer apoyo y consuelo; sin embargo, a mí me resultaba vano e insustancial.

El día de mayor fatalidad fue el que vimos el rostro de nuestra hija sin vendajes. Tenía la frente de un mortecino color negro debido a los coágulos. Los pómulos estaban inflamados y amoratados. Le faltaban varios dientes y tenía los labios destrozados con cortes abiertos y la piel escamada y moteada de costras. Su madre, sentada en una silla junto a la cama, al verme llegar se giró y me miró con los ojos arrasados de lágrimas sin dejar caer ni una sola. Su mirada me decía

que no descubriera con mi expresión el horror que de por sí sufría nuestra hija.

La tristeza que reflejaba su rostro deformado no tenía límite, era la inocente tristeza de quien no imagina el mal que alberga el mundo y se encuentra con él todo de golpe. Su madre negaba imperceptiblemente con la cabeza. «No digas nada, no hagas nada», me suplicaba con la mirada. Fijé la vista en el reloj de la pared e hice ver que tenía que hablar con el doctor que nos había estado atendiendo. El silencio que se vivía en la habitación destronaba a cualquier palabra, era insufrible y corrosivo. Corrí por el pasillo hasta la salida de emergencias, empujé la puerta y salí al rellano de la escalera; la lluvia arreciaba y disimulaba mis lágrimas. Lloraba con rabia y mi cordura vacilaba. Sentía un odio tan grande como el mayor de los genocidas. La justicia de los hombres no puede castigar un crimen así, pensaba; la divina me temo que

sería indulgente. Solo mi dolor es capaz de idear un castigo suficiente.

Dejaron a María sedada, así es como se llama mi hija mayor, María. Es inconcebible la forma en que en tres días había cambiado mi ángel. Antes un ser alegre y lleno de vida. La quería tanto que incluso me parecía ver cómo los brotes florecían al pasar ella a su lado y cómo las nubes se abrían para que el sol la iluminara. Cosas de padre. Ahora un halo lánguido y funesto la acompañaba siempre.

Su madre, Helena, sentada a mi lado en el coche, volvía a descomponerse al salir del hospital. Comenzaba un llanto mudo, las ojeras aparecían espectrales alrededor de sus ojos y la palidez de su rostro reflejaba el dolor acumulado durante el día. El inhumano padecimiento que soportaba sin un solo titubeo escapaba ahora desbocado, pero sin

quejarse de ello ni una sola vez. Y yo no sabía qué hacer. Me sentía tan inútil.

Aquella misma noche todos los tormentos, aflicciones, penas y desesperanzas se conjugaron en el trayecto de vuelta. Volvíamos a casa. Helena necesitaba descansar al menos una noche. Yo retornaría al hospital cuando la dejara en casa. Helena buscaba inútilmente un motivo, yo alimentaba mi furia con pensamientos repugnantes. La lluvia tendió su fino manto y la ira desconcertó mis sentidos, eso bastó para que, cuando yo despertara de mi trance, el coche estuviese ya camino de colisionar contra una antigua caseta del ferrocarril primero y empotrarse en un álamo centenario después.

No fueron más de unos segundos los que pasaron entre la colisión y la recuperación de la consciencia, aún parecía vacilar el álamo tras el brutal impacto. Aunque el dolor era ya

algo asumible para mí, no pude evitar gritar. Giré el cuello todo lo que pude. La espalda entumecida y rígida no me lo permitió.

Lo que vi me heló el corazón: faltaba la mitad del pie derecho de Helena y comprendí el miedo primitivo que me aterraba: elevar la vista, mirar su rostro y verla muerta. Finalmente la miré, su boca estaba abierta en una terrible mueca, y sus ojos entrecerrados dejaban una finísima franja blanca al descubierto. Toqué con mi mano su rostro y lo noté frío, aun siendo imposible que la muerte enfriara su cuerpo en tan breve espacio de tiempo, así fue como lo noté, frío e inerte. Pensé en María, cómo podría soportar aquello sin derrumbarse y caer en un abismo en el que yo mismo empezaba a hundirme ya. Pensé en Julia, mi hija menor, cómo podría encajar tales catástrofes en su pequeño mundo de risa y fantasía. Pensé en Helena, qué Dios podía urdir este destino para un ser que era todo gracia y don; y por

último pensé en mí, cómo soportaría la existencia ahora, cómo explicaría a nuestras hijas que había sido mi imprudencia lo que arrebatase la vida de su madre, cómo podría perdonármelo. Alcé las manos y vi cómo de ellas brotaba caudalosa la sangre que merecía entregar por todas ellas y ya no pude aguantarlo más, me dejé llevar y entregué mi resistencia a quien quisiese cosecharla.

Resulta difícil de entender en un principio cómo la muerte aclara la mente. Nada de túneles con luces al final, nada de puertas ni de santos varones esperándote, nada de fuegos eternos y padecimientos infinitos. Es complicado hacerse una idea y hacerles ver a los que no lo han percibido aún la extraña soledad, clarividencia y a la vez desconcierto que uno siente al llegar al otro lado. Al principio puede recordar —al menos a mí me sucedió— al nacimiento de un

animal, todo aparece novedoso ante él, todo es desconcertante: ¿por qué se mueven las ramas?, ¡qué amarga es esta hierba!, pero junto a ello existe una memoria, un conocimiento innato de lo que hay que hacer: mamar de la ubre de la madre, romper el cascarón, deslizarse hasta la bolsa… esa es, por decirlo de alguna manera, la sensación que uno tiene al morir, al llegar a la insondable blancura del más allá, la impresión de encontrarse ante lo desconocido, pero sabiendo lo que hacer. Quizá nosotros, los humanos, estemos constituidos genéticamente para el más allá y no para el acá. Será que despertamos como seres al llegar al mundo que nos corresponde, como lo hace la gacela al nacer en medio de la sabana.

Pronto empieza uno a acostumbrarse al saber y, a pesar de nuestra condición ignorante, consigue abarcar todo el conocimiento que atesora cada una de las

almas que ocupan este infinito blanco. Es otra sensación difícil de asimilar, no es como leer el alma de alguien o la que fuese su mente cuando estuvo vivo, es simplemente saber todo lo que se puede llegar a saber, y eso le da a uno respuestas, pero, aun así, quedan otras sin resolver, respuestas a las que solo puede acceder quien da sentido a todo ello y que se guarda de forma egoísta quizás por la insoportable clarividencia que nos diera, o tal vez por la absurda simplicidad que encierran las respuestas definitivas.

El caso es que algo me quedó claro, y era a la par una inquietud y un alivio: en ninguno de los rincones al que pude acceder se encontraba el alma de mi mujer y sabiendo la imposibilidad de que ella pudiera haber sido condenada por sus actos, debía significar, sin más remedio, que no estaba muerta, que mis impresiones en el coche venían impuestas por mi propia agonía y no

por las verdaderas percepciones que alguien objetivo hubiese tenido.

Inmediatamente empecé a construir —es otra de esas cosas que uno intuye sin saber por qué— lo que hubiera de ser mi paraíso en espera de Helena y de nuestras hijas, a las cuales, aun sabiendo los tormentos que sufrirían, no esperaba ver hasta bien pasadas varias décadas después de la llegada de su madre.

Deseaba que fuesen felices, pero algo me decía que yo era y sería la causa de su infelicidad. Que todo les fuese bien era mi único deseo: y me acordaba de María, qué falaces simulacros de humanos podrían haberle hecho aquello. Ya apenas sentía odio por ellos, porque una extraña sensación de compasión se había apoderado de mí, y es que tenía la impresión, aunque no pudiese verlo, de que a aquellos desgraciados no les aguardaba el blanco infinito, sino un mundo en que arrastrar las entrañas por las brasas del

infierno sería la mejor de las fortunas que pudiera favorecerles. Me parecía intuir, ahora sí, que alguien más que yo era capaz de idear un justo castigo para compensar los agravios que en vida cometieron. Rogaba a Satanás por ello.

Me acordaba de Julia, no vería su metamorfosis. Amenazaba con ser el más singular de los cambios. Soñaría cada noche con que la vivía.

De Helena me acordaría cada instante y sería la esperanza que me mantuviera firme en este incólume campo. Ella sostendría mi vida incluso en la muerte y por ella construiría el paraíso donde esperarla y donde compartir la eternidad después.

Así, hice crecer una alameda y en medio de ella coloqué una piedra plana donde me sentaría a esperar su llegada. Cerca de la alameda haría pasar un riachuelo donde refrescarme y apagar mi sed. Puse el sol y la

luna, y las estrellas y constelaciones, y una nebulosa donde se gestarían otras estrellas que adornarían el cielo de fiesta cuando llegara Helena. A mi antojo podía hacer el día y la noche, pero lo que más me satisfizo fue hacer seguir su curso natural. Todo lo hice por ellas.

Durante largo tiempo estuve sentado en la piedra plana, un tiempo que se extendía en todas direcciones, sin una constante ni sentido, pero Helena no llegaba. Al alzar la vista vi que revoloteaban entre los álamos mariposas negras de abdomen amarillo. Se deslizaban por las rocas cercanas al riachuelo caracoles del color del corazón del ébano y, al mirar al cielo, vi que por allí volaban pájaros tristes como la ausencia. De entre todos ellos bajó uno que era un cuervo, pero que no era negro, y luego otro y otro más. Todos los animales eran negros en este paraíso, menos los cuervos, que eran de un

violeta metálico, y todos se quedaron delante de mí sin llegar yo a comprender qué querían.

Después alzaron el vuelo y desaparecieron en el horizonte. ¿Dónde se podría llegar? —me pregunté. Me levanté y comencé a caminar. Me adentré en el río y cuanto más caminaba, más ancho se volvía, y así estuve durante varias semanas, avanzando por el agua con la orilla opuesta cada vez más lejana, hasta que desde la orilla se acercó un ángel y me dijo:

—No desesperes; más allá de esta orilla no encontrarás ninguna respuesta, ella vendrá cuando tenga que venir.

Y allí se quedó, delante de mí, haciéndome sentir que no podían ser más ciertas y sinceras sus palabras. Me giré y en un solo paso retrocedí lo que en varias semanas había avanzado. Me senté en la piedra plana a esperar y el ángel me hizo saber que todo iba bien para mis hijas y mi esposa. No tuvo que decirlo, solo lo sentí,

como podía sentir los saberes del resto de almas de este vasto imperio.

Así quedé esperando, al borde de la locura, durante un inmenso tiempo hasta que un día se presentó otra vez el ángel, y me hizo saber que hasta de la desesperación se puede sacar provecho. Y así lo hice: con la sangre de mis venas y la savia de los álamos dibujé, sobre troncos y piedras, una orquesta con mil instrumentos, y con el resto de la sangre, lanzándola al cielo, plasmé las notas en el aire. La orquesta empezó a interpretarla y sonó la melodía más triste que mis oídos habían escuchado. Cada nota era más triste que la anterior y desconsolado era el llanto que producía, porque cada molécula del cuerpo se estremecía con su melodía. Y el ángel, atraído por la trágica canción, apareció también llorando, y me dijo: no estés triste, la tristeza solo amarga el alma, es la felicidad la que nos trae los recuerdos que nos hacen querer a las personas, y si tú quieres a alguien

y hay alguien que te quiere a ti, no hay motivo para la angustia, la tristeza queda para quien no conoce el amor. Y no pudiendo negar la razón de aquellas palabras, escribí otra melodía. La orquesta empezó a tocar, las piedras brincaban y los troncos de los álamos se movían y contorsionaban al compás de la música. Era tan alegre que me apabulló con preciosos recuerdos. Decidí que sería la música que acompañaría la llegada de Helena.

Fue mucho tiempo después cuando se presentó otra vez el ángel y me dijo sin más: Helena, tu mujer, ha muerto. Sentí una gran felicidad, por fin volvería a verla. Las estrellas brillaron cegadoras intrigadas por mi ánimo, pero entonces me di cuenta: Helena había muerto, pero no sentía su presencia.

La llamé tan fuerte que el río curvó su cauce y las copas de los álamos tocaron el suelo, pero seguía sin sentirla. El corazón se

me heló. Supliqué algo de compasión. ¿Por qué no podía sentirla?, ¿por qué sentía a todas las demás almas, pero no la de ella?, ¿se escondía?, ¿había sido condenada?, ¿no fuese tal vez que no perdonaba mi temprana ausencia? Tal vez hubiese conocido a alguien con el que deseara pasar la eternidad más que conmigo.

Una vez más la locura me asaltaba. Miré al ángel, que enfrente de mí me consolaba posando su mano en mi cabeza. ¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué no viene? No viene —contestó ella— porque no puede venir. Quiero verla —le imploré. No puedes —dijo—, pero algún día por fin estaréis juntos.

Así el paraíso se convirtió en infierno. ¿Así será —pregunté desolado— el castigo eterno que he de padecer?, ¿es este el descanso que me he ganado? No pierdas la esperanza —dijo ella—, observa tu corazón, nada dura eternamente, ni siquiera la

eternidad, y solo el amor es capaz de desafiarlo, porque el odio, siendo su hermano más cercano, acaba por diluirse en el tiempo y en los corazones: así que ten paciencia. Abre los ojos.

El ángel se acercó y me abrazó, y, aun sintiendo yo su amor, no consiguió consolarme como otras veces había hecho. Volví a la piedra, para tropezar allí con todos los pensamientos. En todas las almas busqué sentido y respuesta a mi dolor, pero ni una sola fue capaz de ofrecer un atisbo de esperanza. Nadie parecía conocer mi sufrimiento y dejé de sentirlas. Ya no estaban. El ángel me dijo que volvería pronto y se desvaneció. Allí quedé solo.

La alameda era ahora oscura y nublada. El río me parecía una ciénaga. Ya no podía enlazar un pensamiento con otro ni una idea con una palabra, estaba desquiciado por el peso del dolor.

Desconsolado permanecí en la piedra durante un tiempo inconmensurable, sin mover siquiera un dedo, sin abrir un instante los ojos, sintiendo la extensión de ese infierno que me había descuartizado. Hasta que un día me pareció sentir al ángel, pasó fugazmente cerca de mí y abrí los ojos, y era yo ahora el que veía la alameda desde fuera, desde la otra orilla del río; y era el ángel quien caminaba por entre los álamos y se sentaba en la piedra plana. Abrí los ojos tanto como pude, la luz me cegaba, ¿acaso había escapado de aquel círculo en que padecía la ausencia de mis seres queridos? Me levanté y más que el dolor del alma sentí ahora el físico, en las rodillas y las caderas, en cada una de las articulaciones, en la espalda, los brazos. Notaba el entumecimiento que otorga la pereza, la vejez y la enfermedad.

A través de una ventana veía el nauseabundo y repugnante paraíso en que había estado preso y al lado de la ventana

había una puerta que me conducía nuevamente a él. Sentí la necesidad de acercarme de nuevo a aquella aborrecida alameda, porque allí estaba el ángel, más familiar y cercano que nunca. Al caminar observé mis manos: estaban avejentadas, macilentas, llenas de manchas y arrugas y las venas se marcaban como lombrices azules encerradas en una finísima piel ajada por el tiempo. Continué caminando y me adentré en el agua del riachuelo, estaba tan fría como un glaciar, y, aun así, fue una sensación vital y agradable. El ángel se giró y una sonrisa se dibujó en su rostro. Hola —le dije. Hola, papá —respondió ella. Algo antiguo y desmembrado volvió a unirse allí donde uno no llega a ver. La brisa de septiembre excitó los álamos, que se agitaban y removían en un vals parsimonioso, toqué su corteza, tan real como la gélida sensación del agua, como el propio ángel, que me observaba risueña.

Miré detenidamente al ángel y estallé en lágrimas. Me acordé de Julia y de mi esposa muerta. Recordé las palabras del ángel: No viene porque no puede… pero algún día por fin estaréis juntos…

Hola, María —volví a saludar. Su sonrisa se agrandó y por sus mejillas empezaron a rodar lágrimas de pura felicidad. Hola, papá —repitió—, bienvenido a casa.

Miré la puerta por donde había salido a la alameda y sobre su dintel leí: Sanatorio.